



Accésit del I Certamen
de literatura "Miguel Artigas"

Ignacio Villagrán Teresa

Nací un 14 de diciembre de 1955 en San Sebastián. Nunca he sido madrugador, así es que debió suceder a eso de las once de una mañana en la que, según me tiene contado mi madre, llovía a cántaros, lo cual no deja de ser de lo más simple y cotidiano en mi ciudad natal.

Soy economista y trabajo como Director de la Residencia de Ancianos de Rentería. Aunque me acabo de incorporar a este mundillo, sobra decir que me encanta escribir.

Por el momento he ganado varios premios, en la modalidad de cuento y narrativa: Certamen de Bargas (Toledo), Concurso de Cuentos Valdemera, en Velilla de San Antonio (Madrid), Certamen Universidad Popular Helénides de Salamina en Casar (Cáceres), y Certamen Cabaret Voltaire, en Utrera (Sevilla).

No vale la pena esperar de la vida más de lo que ya está escrito en nuestro destino. Ese destino cruel e implacable que establece la frontera entre la suerte y la fatalidad, entre la dicha y la desventura. Ese destino sádico y brutal que todo lo decide y determina. Desde el día y la hora en que nacemos hasta el momento en que hemos de abandonar este mundo.

Este era el pensamiento que venía atormentando a Alberto tras los acontecimientos vividos en las últimas semanas. Una amarga experiencia que le dejaría marcado para el resto de sus días. Hasta entonces, se había mostrado escéptico e indiferente con todo aquello que tuviera que ver con lo esotérico y sobrenatural. Un mundo que él consideraba propio de mentes débiles y calenturientas. Y ello a pesar de que, por su carácter depresivo y fatalista, era más dado a asumir su existencia como un hecho trascendental y profundo, que a tomarse la vida como un divertido e ingenuo juego de niños. Siempre había gozado de buena salud y la entrada en los cuarenta no había resultado especialmente traumática, gracias según él, al espíritu juvenil que le daba su soltería. Pero en los últimos meses habían comenzado a manifestarse esos primeros signos que le recuerdan a uno que la juventud no es eterna. Y Alberto que, siendo como era un aprensivo incorregible, no necesitaba mucho para preocuparse, empezó a pensar que aquello que le habían encontrado en el último chequeo no auguraba nada bueno, pese a que el Dr. Azuera ya le había asegurado que no tenía importancia. Pero él, lejos de tranquilizarse, interpretaba aquellas palabras como el gesto compasivo que se tiene con los desahuciados, viendo en el tono empleado por el médico, un claro mensaje subliminal que le anunciaba su inminente final. Y es que él era así: un hombre lleno de contradicciones, con un carácter que se movía entre la jovialidad y el derrotismo, entre la vitalidad y el abatimiento. Y esta alternancia se complicaba aún más, si cabe, por un marcado toque hipocondríaco que le hacía obsesionarse por cualquier alteración de su estado de salud, por muy insignificante que fuera.

Aquella mañana se levantó malhumorado. ¡Vaya nochecita! No había terminado el ajetreo de la pareja del piso de arriba, cuando apareció el camión de la contrata vaciando el contenedor de

vidrios. Y eso ocurría a las dos de la madrugada y en una ciudad moderna donde la autoridad municipal había emprendido una cruzada contra la contaminación acústica, y por menos de nada precintaban un bar de copas o una imprenta de portal, por pasarse del límite con los decibelios. Para colmo, una pesadilla terminó por amargarle el resto de la noche. Una pesadilla cuyas imágenes recordaba con asombrosa claridad: un valle verde cubierto por la niebla, un árbol solitario en lo alto de una loma, un viejo caserón con la inscripción “Yumar” en su fachada. Y un diario abierto por una de sus páginas, en la que aparecían manuscritas varias líneas, con trazos irregulares, que terminaban con lo que se suponía era el nombre de su autora: “Tamira”. En su sueño oía una voz de mujer. Una voz débil, lejana, repitiendo unas extrañas palabras: “Inayáncana ituiserit”. Luego aquellos números: “7 10”. Aquellos horribles números que, adoptando la forma de grotescas figuras humanas, se abalanzaban sobre él al ritmo de una danza frenética y demoníaca, contorneándose entre gritos y carcajadas y exudando una sustancia gelatinosa que despedía un olor nauseabundo.

Pese a lo incoherente de su sueño, no le extrañó este último detalle, ya que eran el 7 y el 10 los dígitos que aparecían en el display del despertador, un artilugio *Made in Taiwan*, en el momento en que éste lanzaba al aire y a toque de corneta, los sonos del *Séptimo de Caballería*. Era aquélla, la primera imagen con la que se encontraba, de lunes a viernes, a las siete y diez de la mañana cuando, arrancado de su gozosa placidez, abría los ojos con desgana y se entregaba resignado a la cruda realidad. La realidad de todos los días. Se aseó, tomó un café bien cargado y salió a la calle. El frío, frío y cortante, se hacía sentir aquella mañana. Por el camino volvió a acordarse de los análisis –y si ya estuvieran los resultados ... no, será mejor esperar– pensó mientras aceleraba el paso para no llegar tarde a la oficina.

Eran las ocho y diez cuando introdujo la ficha. Se sentó en su puesto y encendió el ordenador. En la pantalla podía leerse el siguiente mensaje: “*Sr. Bielsa: ha llegado usted doce minutos más tarde. Se le recuerda que, según el artículo 45 del Reglamento de Régimen Interno, se le sancionará con diez días de suspensión de empleo y sueldo si vuelve a incurrir en otro retraso en el plazo de un mes. Teclee Enter para confirmar la recepción de este mensaje*”. Un nuevo método de control de presencia, ideado por Míster Morrison, el nuevo director de la sucursal de Zaragoza, desde que la empresa americana Flanagan & Company había adquirido la agencia de investigación y cobros donde trabajaba. Alberto abrió la carpeta de nuevos expedientes y se dispuso a ojear la docu-

mentación existente. En el monitor aparecía, moviéndose a ritmo de vals, el eslogan utilizado como salvapantallas en todos los ordenadores de la oficina: “*A la búsqueda del moroso enmascarado*”. Otra de las buenas ideas de Míster Morrison, consistente en gratificar, con un viaje al Caribe, al empleado que consiguiera la mayor recaudación durante el semestre. Porque para el Míster, los morosos eran unos seres indeseables que tenían la habilidad de esconderse, como las ratas, en agujeros inmundos y pestilentes. Unos seres que había que exterminar sin compasión y a cualquier precio. Y qué mejor para esa noble tarea que aplicar a sus empleados las nuevas técnicas de motivación, experimentadas con éxito por la moderna escuela de psicología empresarial de Harvard, una de sus pasiones.

Alberto ocupó el día en la preparación del trabajo de campo que debía realizar durante la semana. La labor de investigación resultaba la más atractiva y la que más iba con su carácter intuitivo, tenaz y observador. Cualidades a las que había que añadir, como buen aragonés, una nada despreciable dosis de tozudez y obstinación. Cuando terminó la jornada, regresó al apartamento y se acostó temprano. El sueño le venció en pocos minutos. No había transcurrido una hora cuando se despertó sobresaltado. De nuevo la pesadilla de la noche pasada: el viejo caserón, el árbol, la inscripción. La imagen confusa de lo que podía ser una señal de carretera con el indicativo de *Arañón*. Y la voz de la mujer, suplicante y desgarradora, implorando aquellas palabras: “*inayáncana ituiserit*”.

La pesadilla volvió a aparecer en las noches siguientes. Siempre eran las mismas imágenes, los mismos detalles, la misma voz. La misma percepción de familiaridad, de estar reviviendo su pasado. Una sensación que resultaba aún más extraña ante aquella extraordinaria facilidad con que recordaba todos y cada uno de los detalles de su pesadilla. Algo inusual en él. La tensión le impedía conciliar el sueño, por lo que se levantó, encendió un cigarrillo y se conectó a Internet, como solía hacer en las noches de insomnio, bastante frecuentes en las últimas semanas. Aunque en otra situación habría calificado aquello de absurdo, Alberto se encontraba frente al monitor, abstraído en la idea de buscar algún indicio que le llevara a encontrar una respuesta a su pesadilla. Una búsqueda que no tardó en dar sus frutos con la aparición de *Arañón*, un pequeño pueblo del norte de Cáceres, enclavado en el valle del Jerte. Luego localizó Yumar, una población marroquí situada en al región de Yabala.

Aquello resultaba increíble. Él no había estado nunca allí, ni recordaba nada que pudiera explicar la aparición de aquellos lugares en su pesadilla. Pensaba en alguno de sus viajes, o en los libros que

había leído recientemente, o en algún cliente de la empresa, quizás... no, era imposible. Y aunque intentaba convencerse de que todo ello no era más que una absurda casualidad, no podía huir de aquella extraña sensación de familiaridad. Era como si una voz interior le estuviera diciendo que sí, que en algún momento de su vida, él había estado en aquellos lugares. La situación empezaba a convertirse para Alberto en un problema realmente angustiioso. Por ello recurrió a Miguel, un amigo y compañero de oficina.

— Lo siento. Para mí, esto no tiene ni pies ni cabeza —fue la respuesta de Miguel después de escuchar el relato de Alberto.

— Te repito que esas imágenes las he vivido en alguna parte. Y esa frase... esa frase me dice algo, la he oído antes...

— Como no haya sido en alguno de tus viajes a países exóticos, ya me dirás. Mira, se me ocurre que podríamos hablar con Susana. Como filóloga, tal vez te pueda ayudar... aunque la verdad, esta historia me resulta ridícula.

— Si va a ser problema, déjalo.

— No, no es eso. Pero comprenderás que ir con semejante embajada...

Miguel contactó con Susana y le puso al corriente del asunto. Ambos habían vivido juntos hacía algunos años y aunque él nunca hablaba de ello, no era difícil imaginar los motivos por los que habían tomado la decisión de seguir cada uno por su lado, lo que nunca había sido impedimento, por otra parte, para que continuara existiendo entre ellos una sincera amistad. Susana trabajaba en la Universidad como profesora adjunta en el departamento de filología, compaginando su tarea docente con la dirección de un grupo de investigación en lenguas antiguas. Algo que él nunca llegó a entender: cómo una mujer joven perdía el tiempo, la vista y algunas cosas más, enmoheciéndose entre códices, pergaminos y libros viejos. A los pocos días, Miguel acudió con Alberto al despacho de Susana, tras haber recibido una llamada de ésta en la que le comunicaba que podía darle alguna información al respecto. Susana se encontraba acompañada de otra mujer.

— Antes de nada os presentaré a Pilar. Es una compañera del departamento. He de aclarar que desde que vi la frase, tuve la sospecha de que se trataba de una expresión árabe. Por eso recurrí a ella. Es experta en lenguas africanas.

— En efecto. Susana tenía razón –intervino Pilar– aunque siendo más precisos, diría que podría tratarse de un antiguo dialecto beréber, que se hablaba en la Península durante la época de la ocupación árabe.

— Eso es imposible –intervino Alberto sin ocultar su crispación– cómo he podido soñar en beréber, si no sé ni una palabra.

— Sí, ya me lo imaginaba. Pero lo cierto es que analizando en profundidad lo que tú crees haber oído en tus sueños, resulta sorprendente el parecido con la expresión “*Ibn na Jáncana, ituy Xerit*”. Para empezar, *Xerit* era el nombre con el que denominaban los árabes antiguamente al río Jerte, por la transparencia cristalina de sus aguas. En cuanto al resto de palabras que conforman la frase, me atrevería a decir que todas ellas tienen alguna relación con vocablos pertenecientes a lenguas de la familia del beréber, que se utilizan en la actualidad en el África septentrional. Así pues, *Ibn* significaría hijo en árabe. *Ituy* es, en uno de los dialectos del kwayama, el imperativo en segunda persona del verbo venir. Y la partícula *na*, equivale al posesivo *de* en lengua wolof. Respecto a *Jáncana* –hizo una breve pausa, abrió el libro que tenía encima de la mesa por una de sus páginas y continuó la explicación leyendo entre líneas– Jáncana es el nombre de un personaje de leyenda ubicado en Extremadura y al que se le atribuían poderes maléficos –dejó el libro y continuó la explicación– ya sabes, creencias populares. Con todo ello, concluiríamos diciendo que la frase de tu sueño podría ser: *Ven al Jerte, hijo de Jáncana* –aseguró mientras la escribía en una cuartilla– aunque, para serte sincera, creo que ... en fin, carece de sentido, ya que tú no has podido soñar en una lengua desconocida. Mira, si quieres un consejo, deja de pensar en ello. En mi opinión, todo esto no ha sido más que una simple cuestión de casualidad. Nada más.

— Eso será –dijo Alberto– No obstante me interesaría leer ese libro. Te lo devolveré en unos días.

— Cómo no. Puedes llevártelo.

Cuando Alberto regresó a casa, se entretuvo en examinar las notas que había escrito Pilar en la cuartilla. Pensaba en aquella misteriosa frase: “*Ven al Jerte, hijo de Jáncana*”. Se sirvió una copa, se acomodó en el sofá y se dispuso a leer el libro que le había prestado la mujer: un tratado etnográfico de una prestigiosa editorial. En él aparecían infinidad de leyendas, cuentos y relatos fantásticos, dispersos por todo el territorio extremeño. Algunos de ellos, unidos a antiguas creencias religiosas, narraban milagros de santos o extrañas apariciones de vírgenes, como el Milagro de Roque

Amador, en Campo Arañuelo o el relato del Cristo del Desamparo, en la zona de Los Ibores. Otros, vinculados a la vida rural, contaban historias de pastores y labriegos, como el misterio del Pico Cordón, en Las Hurdes, el cuento de María la Viuda, en Montánchez o el del Tío Galo, en el Valle del Ambroz. Pero lo realmente asombroso era la cantidad de leyendas moriscas en las que las mujeres aparecían representando a seres encantados, a los que se les atribuían poderes mágicos, como era el caso del Misterio del Puente de la Mora, de Albuquerque, o el de La Mora Encantada, leyenda que aparecía con distintas versiones en la región del Valle del Jerte, en la Sierra de Gata, en Las Vegas del Guadiana o en Las Hurdes. Se detuvo en esta última: *“En la localidad de Ladrillar es famosa la leyenda de la Mora Encantada, donde se cuenta cómo una mora atrajo a un pastor jurdano para cortarle la lengua. También es conocida la leyenda de la Mora de la Huesera que permaneció durante cien años en una cueva de La Sierra, a cuenta de un pastor de Gasco. Otras versiones hablan de que en el sitio de los Juntanos, se le apareció una vez a un hombre una mora que había sido encantada por una jáncana. Estas jáncanas o juán-canas eran seres mitológicos que habitaban en las cuevas. Como rasgo principal sólo tenían un ojo en mitad de la frente, lo que les emparentaba con los cíclopes legendarios, como el Ojancano de Cantabria o las Janas de la isla de Cerdeña. En las comarcas del norte de Extremadura, las jáncanas adoptaban caracteres masculinos y se aparecían en forma de culebra o de bola de fuego. En el Valle del Jerte es conocida la leyenda de la mora Tamira, que fue poseída por un jáncana...”*.

No podía dar crédito a lo que acababa de descubrir. El hallazgo abría la posibilidad de encontrar una respuesta a sus pesadillas, al haber encontrado un nexo de unión, al menos geográfico, entre Arañón y Tamira: el Valle del Jerte. Por lo tanto, su sueño podía tener algún fundamento. Sin embargo, no dejaba de parecer extraño que Pilar no hubiera reparado en aquella evidencia. Por un momento tuvo la impresión de que la mujer ocultaba algo, al haber zanjado el asunto de aquella manera tan brusca, aconsejándole sin más que se olvidara de todo. Era obvio, por otra parte, que él no podía haber soñado en una lengua desconocida, con lo que todo se debería a un cúmulo de coincidencias, como sostenía Susana. Y aquél habría sido el motivo por el que la mujer no había mostrado un excesivo interés en buscar una explicación a sus pesadillas, más allá de lo puramente casual y anecdótico. Pero no, su sueño no podía ser producto de la casualidad, pensaba Alberto, que no

podía reprimir su obsesión por llegar al fondo de aquel misterio. Por eso, no lo dudó. Aprovecharía unos días de vacaciones para acercarse al valle del Jerte.

Al descender el puerto de Tornavacas continuó por una carretera vecinal. Tras doce interminables kilómetros, llegó a Arañón. Este era un pequeño pueblo, asentado en lo alto de un cerro desde el que se dominaba todo el valle. Apenas un reducido grupo de casas se mantenía aún en pie, incluida la que en su tiempo debió ser la escuela. Miró a su alrededor con la misma sensación de familiaridad que había tenido en sus sueños. Y aunque era consciente de que Yumar se encontraba a muchos kilómetros de aquel lugar, presentía que no debía estar muy lejos. Se acercó a la plaza y llamó a la primera casa que encontró. Un viejo abrió la puerta. Su semblante cambió de repente cuando Alberto pronunció el nombre de Yumar. La mujer que se encontraba en el vestíbulo le gritaba: *¡Es él, Martín, es él. No se lo digas!* Y el viejo cerró de golpe. Desconcertado, se dirigió hacia el vehículo, cuando fue abordado por un hombre de mediana edad.

— ¿Qué es lo que quiere saber de Yumar? —le espetó el hombre sin mediar palabra—.

— Estoy buscando si hay por aquí algún lugar con ese nombre.

— Sí lo hay —dijo airado— pero es mejor que no se acerque.

— ¿Y está ... muy lejos? —preguntó Alberto.

— No podrá decir que no le he advertido. Cuando salga del pueblo, coja la desviación a la derecha. En el mojón del kilómetro 2 encontrará el camino —el hombre dio media vuelta— ¡Ese lugar está maldito. Maldito! —exclamó mientras se alejaba.

Durante los días precedentes a su viaje, Alberto había tenido ocasión de conocer la historia de aquella región, sus costumbres y traiciones y su pasado de leyendas misteriosas y creencias ocultas, profundamente enraizadas en la cultura de aquellas gentes. Por ello, no dio excesiva importancia a aquel inesperado percance y se dispuso a seguir las indicaciones que le acababan de dar. Al llegar al mojón se adentró por un camino forestal. Era patente que por allí no había pasado nadie en mucho tiempo ya que la vegetación había invadido gran parte de la calzada, haciéndola prácticamente intransitable. Dejó el vehículo y continuó a pie. Un frondoso robledal se extendía a ambos lados. Miró al frente y pudo distinguir entre la espesura, los muros de una casa. Aquel paisaje oscuro y silencioso era la fiel reproducción de las imágenes vividas en su pesadilla. Se detuvo frente a la casa, una sobria construcción en piedra que, pese a su aspecto ruinoso, mantenía la facha-

da en buen estado. Encima de lo que fue la puerta principal, lucía un escudo en el que podía distinguirse la figura de un águila, con un nombre en su parte inferior: *Yumar*.

Un cúmulo de sensaciones se agolpaban en la mente de Alberto en aquellos momentos. Tenía ante sus ojos la clave que le podía llevar a descifrar su pesadilla y, de nuevo, aquella voz interior le decía que no debía continuar, que diera media vuelta y se alejara de allí. Pero su curiosidad, esa rabiosa curiosidad que ya le había jugado más de una mala pasada, le incitaba a seguir adelante. Intentó penetrar en el interior pero le fue imposible, pues gran parte de la techumbre se había derrumbado e impedía la entrada, por lo que se decidió a explorar los alrededores de la casa. Sobre una pequeña elevación situada en la parte posterior, reconoció el árbol de sus pesadillas. Se aproximó. Junto al árbol y semioculta por la maleza, se hallaba una losa clavada en la tierra. Al retirar las zarzas que la cubrían, pudo apreciar con dificultad algunos signos, aislados e ininteligibles, entre los que se encontraba la inscripción R.I.P. Intentó leer el resto de la leyenda, arrancando el musgo adherido a la superficie, pero resultaba del todo imposible dado el lamentable estado de la piedra. Oyó pasos. Un hombre se acercaba subiendo por un sendero que comunicaba con la casa.

— Buenos días. Soy el guarda forestal. ¿Puedo preguntarle qué hace usted aquí? —le requirió el hombre.

— Bueno... yo es que ...

— Perdona —continuó moderando el tono— es raro ver a alguien por estos alrededores.

— Sí. Ya me imagino.

— ¿Cómo dice?

— Por lo visto, debe haber una maldición en torno a esta casa ¿no?

— ¿Cómo lo sabe?

— Acabo de estar en Arañón.

— Pues sí, así es. Esta fue la casa de los Valdavia. Su historia viene turbando la paz de este valle desde el siglo pasado, lo que supongo, le traerá a usted sin cuidado, no siendo de aquí.

— Se equivoca. Es justo el motivo por el que he venido desde Zaragoza.

— ¿Me está usted hablando en serio? —el hombre le miraba con cierta desconfianza.

— Créame. Tengo mucho interés. Es muy importante para mí.

— En ese caso le contaré todo lo que sé. Esta es la casa de los Valdavia. La hizo construir Teodoro

Valdavia, un militar nacido en Arañón, destinado en las posesiones españolas de África. De allá vino retirado, después de haber sido herido en una pierna reprimiendo una insurrección. Volvió acompañado de su esposa, una mora bellísima llamada Tamira, con quien había contraído matrimonio por aquellas tierras. Era deseo de la mujer que llevara el nombre de Yumar, el pueblo donde ella había nacido. Según cuentan, con la mora vino la maldición. El mismo día que puso los pies en Arañón, un rayo mató a un rebaño de más de cien cabezas. Justo allá arriba —y señalaba un pequeño rellano al otro lado de la vaguada— a este suceso siguieron otros, hechos extraños que nunca se habían conocido en el pueblo. Pero lo peor fue aquel día. Aquello fue tremendo.

— Conoce usted bien la historia de esta casa.

— Sí. Le confieso que en un tiempo llegó a suponer una obsesión. Consultaba libros, registros, paneones ... He olvidado decirle que hace años fui el maestro de Arañón. No se lo imaginaba, ¿verdad? Para qué le voy a contar. Tuvo que cerrarse la escuela. Si ha estado en el pueblo ya se habrá hecho una idea. No queda un alma. Luego me salió esto y... en fin. Como le decía, el matrimonio llevaba casado algunos años y todo el mundo daba por hecho que ya no tendrían hijos. Según parece, el Prior de Segura se había hecho a la idea de que, al no tener descendencia Teodoro Valdavia, dejaría toda su hacienda al monasterio. Pero se equivocó.

— Al fin tuvieron un hijo.

— Bueno ... no precisamente. En la tarde del 7 de enero, el pueblo se vio sorprendido por un suceso sobrenatural. Estaba cayendo una copiosa nevada en todo el valle. El cielo se iluminó de repente y una inmensa bola de fuego quedó suspendida en el aire, justo encima de la casa de los Valdavia. Durante el tiempo que duró aquello, un ruido ensordecedor se escuchó en el pueblo, hasta que la bola de fuego desapareció entre aquellos montes en dirección al Calvitero.

— De haber sucedido ahora, se habría dicho que había sido un OVNI.

— No lo sé. El caso es que aquello fue el principio del fin. Al poco tiempo se supo que Tamira estaba embarazada. En otras circunstancias ... la gente ... ya sabe, habría pensado otra cosa, pero tratándose de aquella mujer ...

— ¿Qué quiere decir?

— Que estaba descartado que la esposa hubiera faltado ... vamos, que hubiera sido infiel a su marido. Y por otra parte, era evidente que Teodoro Valdavia no podía tener hijos.

— ¿Y entonces?

— Esa era la cuestión. La gente empezó a pensar que se había quedado embarazada de Jáncana, que es como se le llama aquí a la bola de fuego. La leyenda de Jáncana ...

— Sí, ya la conozco –le interrumpió Alberto– pero eso es absurdo.

— Admito que es difícil entenderlo, pero la gente de este valle siempre ha tenido la certeza de que realmente sucedió así. De hecho, el 20 de enero de ese mismo año se oyó en Piornal hablar al Jarramplás, que es una máscara con la que se conmemora todos los años la festividad de San Sebastián. Una horrible máscara hecha de cuernos y crines, que porta un penitente revestido con sayal multicolor y con la que se ceban los mozos del pueblo, arrojándole palos, nabos, patatas, etc. Pues bien; los vecinos de Piornal pudieron oír cómo el Jarramplás pronunciaba esta frase: “*Vino Jáncana a preñar a la mora*”.

— No me negará que es de locos creer en esas cosas.

— Hombre ... aunque es conocida la tradición de este valle en lo que se refiere a leyendas e historias fantásticas, la verdad es que, en aquella ocasión, sobran razones para pensar que todo ello era cierto, ya que un siete de octubre, justo nueve meses después de la aparición de Jáncana, Tamira trajo al mundo un precioso niño. La madre murió en el parto. Según cuentan, en el momento en que el niño rompió a llorar, la mujer lanzó un grito aterrador que llegó a oírse en todo el valle. Y luego expiró. La gente estaba convencida de que aquella mujer había parido una bestia, pero no fue así. De ello dieron buena cuenta las mujeres que se ocuparon de amamantar al niño, al que el padre puso el nombre de Tomás. Los restos de la mora reposan justo aquí –y señaló la lápida.

— Desaparecería entonces toda la leyenda negra, ¿no?

— En absoluto. Todo el mundo recordaría el 7 de Octubre como una fecha maldita –en ese momento Alberto miró a la lápida, recordando los números de su pesadilla.

— Aquel día –continuó el hombre– un sinnfín de catástrofes, de desgracias y muertes misteriosas asoló este pueblo. Y esa maldición vuelve a repetirse ... no sé pero me parece que le estoy aburriendo.

— Qué va, siga, siga –solicitó impaciente Alberto.

— Tomás crecía fuerte y robusto. Un día enfermó y su padre le llevó a la bruja de Cabezuela. Ya sabe, una curandera. Por aquel entonces no había médicos por aquí y la gente acudía a ella. Cuando

la mujer vio al niño, entró en trance y pronunció estas palabras: *“Este es el hijo de Jáncana. Cuando llegue el día que señale la mitad de su vida, vendrá Jáncana a marcar a su hijo, como se marca al ganado. Y cuando el hijo muera, vendrá a marcar al hijo de su hijo y así hasta el fin de los tiempos”*.

— ¿Qué quería decir la bruja con esas palabras? –preguntó Alberto.

— Que Jáncana vendría a dejar una señal visible en el cuerpo de su hijo y cuando éste muriera, vendría a dejar la señal en el cuerpo del hijo de su hijo ... y así hasta el fin del mundo, por decirlo de alguna manera. Y siempre en el día que señalase la mitad de su vida. Lo cierto es que Teodoro Valdavia regresó a su casa sin dar crédito a las palabras de la bruja. Por otra parte, el hijo se mostraba como un niño normal y nada hacía pensar que tuviera algún signo extraño en su comportamiento. Al cabo de unos años murió Teodoro Valdavia y Tomás se casó con una mujer de Hervás. Se veía feliz al matrimonio. Tuvieron un hijo. No había cumplido el niño un año cuando desaparecieron madre e hijo, sin dejar rastro alguno de su paradero. Pasado el tiempo, un tratante dijo haber visto a la mujer por algún pueblo de La Serena.

— ¿Qué raro, no?

— No lo crea. Al poco de nacer el niño, Tomás pasó de ser una persona sociable y cordial, a convertirse en un hombre huraño y siniestro, que evitaba salir de casa, frecuentar el pueblo... Fue al cabo de unos años cuando se descubrió la verdad y se supo que la mujer había huido despavorida de aquella casa. Resulta que un pastor que frecuentaba estos lugares se atrevió a acercarse a la casa de los Valdavia. Aprovechando la oscuridad de la noche, se asomó a una ventana. ¡Dios, lo que vieron sus ojos! –el hombre hizo una pausa.

— Continúe –solicitó Alberto impaciente.

— Luego le explicaré lo que vio el pastor. El caso es que el pobre hombre volvió a su casa aterrorizado y perdió el juicio. Su familia le llevó a la bruja de Cabezuela. La mujer, ya anciana, miró a aquel hombre, entró en trance y repitió las mismas palabras, tal y como lo había hecho con Teodoro Valdavia. Aquello fue su perdición, porque al revelar el secreto, cayó fulminada. Jáncana condenó a su alma a vagar por el mundo sin descanso. Y cuando se acerca el día señalado, es ella quien llama al hijo de Jáncana –Alberto estuvo a punto de salir corriendo y huir de aquel lugar, que ya empezaba a resultar tenebroso, pero su interés por conocer el final de la historia, le retuvo. El hombre con-

tinuó el relato— al fin se cumplió lo que la bruja había pronosticado. Nadie sabe dónde se encuentran los descendientes de Tomás, pero lo cierto es que, desde entonces, los habitantes de este pueblo han seguido viendo la bola de fuego. Era yo un niño cuando en 1958 ...

— Pero aquello ya estará olvidado —le interrumpió Alberto.

— Qué va. Por desgracia, esa maldita bola de fuego ha vuelto a aparecer hace un par de meses, dejando un rastro de muerte y de dolor. Oiría lo del accidente del autobús de línea en Aldeanueva, ¿no? Pues fue ese mismo día. Una tragedia. Y ahora, ¿entiende porque la gente no quiere oír hablar de Yumar? Porque saben que mientras esta casa siga en pie, mientras los restos de la mora reposen en este lugar, no podrán librarse de Jáncana.

— Pero queda algo por aclarar. ¿Qué vio el pastor?

— El pastor miró por la ventana y allí estaba Tomás Valdavia, con el torso desnudo, los brazos extendidos, los ojos enrojecidos y aullando como un lobo. Y vio con claridad cómo una mancha morada ocupaba gran parte de su pecho. Una mancha en la que pudo distinguir claramente la imagen del diablo— al oír aquello, Alberto no pudo reprimir un gesto de espanto— ésa era la marca de Jáncana, una mancha en el pecho. Al poco tiempo Tomás Valdavia apareció ahorcado. Aquí, junto a los restos de su madre. Para cuando vino el enterrador, el cuerpo había desaparecido misteriosamente. Aunque en un principio se pensó que alguien se había deshecho de él, las investigaciones no llevaron a ninguna conclusión clara del asunto. Pero la gente estaba convencida de que fue Jáncana quien había venido en busca de su hijo. De hecho, cuando bien entrada la noche se dirigía el enterrador a recoger el cuerpo, sintió un ruido extraño, seguido de un resplandor en el cielo. Al aproximarse a la casa, vio la bola de fuego suspendida en el aire, justo sobre este árbol. Y aunque su afición etflica le llevaba con frecuencia a ver alucinaciones, nadie dudó de la veracidad de aquel suceso. Había muerto el hijo de Jáncana, pero todo el mundo sabía que el día señalado, la bruja de Cabezuela vagaría errante hasta encontrar a aquel niño que desapareció en brazos de su madre. Y la bola de fuego volvería a posarse encima de esta casa ... Alberto era incapaz de escuchar nada. Mientras el guarda terminaba con el relato, él permanecía absorto, con la vista fija en la lápida. Luego dirigió una última mirada a la casa y se despidió del hombre.

Anocheía al llegar a Zaragoza. Iba a ducharse cuando sonó el teléfono.

— ¿Alberto Bielsa?

— Sí. Dígame.

— Buenas tardes. Soy el Doctor Azuera. Ya han llegado los análisis. Puede estar tranquilo que lo de la mancha en el pecho es benigno.

Colgó el teléfono. Miró por la ventana. La luna se reflejaba en las aguas del Ebro, radiante y seductora. Entró en el baño y se desabrochó la camisa, dejando el pecho al descubierto. Sus ojos comenzaron a enrojecer ...

Y un aullido, triste y desesperado, rompió el silencio de la noche.